

EN TORNO A LAS IDEOLOGÍAS

LUIS SÁNCHEZ DE MOVELLAN DE LA RIVA *

I INTRODUCCIÓN

Son innumerables las personas ilustradas que no consiguen integrarse en el ritmo de los nuevos tiempos, permaneciendo ancladas en viejas y obsoletas teorías, sintiendo el miedo de afrontar las dudas creadoras que atormentan el espíritu de los que prefieren observar, cara a cara, la realidad contemporánea, procurando aprehenderla en toda la riqueza de sus significados, sin perjuicios y mitos y capaces de encubrir y distorsionar la visión objetiva y serena de los hechos humanos.

Normalmente se trata de personas desajustadas en el tiempo y que desde lo alto de su dogmatismo condenan, con vehemencia, cualquier renovación político-social, argumentando estar el "nuevo orden" establecido definitivamente, hace más de siglo y medio, con el "Pacto de Filadelfia" o con la "Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano". Lo peor es que pontifican como si solamente ellos proyectaran lo derecho y lo justo, atribuyendo a los demás el propósito de servir al predominio de la fuerza y de lo arbitrario. De ese modo, se contraponen unos exaltados con otros, los que se convencen que están pensando únicamente cuando se emocionan, inquietos por reformas y revisiones precipitadas y ligeras, convencidos que gracias a sus censuras y condenas, los demás van adquiriendo "conciencia crítica", y repitiéndonos, como verdad última y con intolerancia inaguantable, algunas enseñanzas estereotipadas y dogmáticas (y desde luego no "aggiornatas") de ideologías periclitadas.

Es preferible admitir que todos luchamos por un orden jurídico-social justo, pero la diferencia está en que unos luchan por la conservación o la resurrección de principios que todavía estiman como válidos, ya porque lo fueron en el pasado, mientras que otros se ilusionan queriendo forjar una sociedad total-

* Colaborador en el Departamento de Filosofía del Derecho, Moral y Política Internacional de la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense de Madrid.

mente nueva, despegada del sentir de las ideas universales; incluso existen otros (aunque cada vez menos) que pretenden aún implantar modelos burocratizados, doctrinales y caducos. Y finalmente, incluso existen quienes desean formar, mediante una síntesis, en una entidad histórica concreta, unos organismos sociales que sean combinación de viejas y nuevas teorías y estructuras colectivas.

En esta última posición, es en la que se coloca la idea básica de la igualdad de los trabajadores manuales, industriales e intelectuales, de cuya armonía depende la plenitud de una civilización que aspira a la supresión progresiva de situaciones que no se funden en la autoafirmación de la personalidad. Asentado, en efecto, el referido principio —que bien podría ser considerado la ley básica de la convivencia democrática— resulta claro el reconocimiento de que todas las formas de trabajo ostentan igual título para participar, de forma efectiva, de los beneficios de la cultura material y espiritual, en la medida del bien común, siguiendo la jerarquía de los valores y de las premuras que caracterizan cada ciclo de cultura.

La renovación del orden jurídico-social en ese sentido no es una esperanza, es realidad profundamente vivida, ya que se nota en todos los planos y sectores, con una intencionalidad que cada vez más se vuelve generalizada y objetiva, no pudiendo dejar de revisar aquellas ideologías que, como circuitos cerrados, provocan la intolerancia y la incomprensión, generando un apego fanático a soluciones unidireccionales totalmente inadecuadas a las mutables y diversificadas condiciones sociales actuales.

II. ELEMENTOS HISTÓRICO-CONCEPTUALES DEL TÉRMINO IDEOLOGÍA:

El término “ideología” lo utilizó Destutt de Tracy, en sus *Elements d'idéologie* (1801-1815), para designar la ciencia de las ideas con el fin de distinguirla de la antigua metafísica. Para él la ideología no habría de ser ontología sino gnoseología según sus orígenes y desarrollo, en la que se aislarían modalidades unitarias del funcionamiento del espíritu en constante relación con la gramática general y la lógica. Esta era la manera como esperaba disponer de la clave del saber universal, que a su vez fundamentaría la filosofía política. Con antecedentes en Locke, Hume y Condillac, la ideología así propuesta quedó centrada en un análisis empírico del proceso cognoscitivo.

La ciencia que Tracy intentó desarrollar, *stricto sensu*, es lo que él llamaba “ideología racional”: análisis de las sensaciones y de las ideas, en el que el pensamiento humano era reducido a su origen sensorial. La “ideología fisiológica”, los aspectos fisiológicos del conocimiento, no los desarrolló Tracy, sino Cabanis, y su principio fue la homogeneidad de lo físico y lo moral, siendo sus consecuencias, contra lo que pudiera pensarse, espiritualistas. Esta sería a grandes rasgos, lo que podríamos llamar “ideología de corte francés”.

La ideología sería la verdadera psicología (incluso asumiría funciones de gnoseología, epistemología, antropología o sociología), ya que el análisis de las ideas por sí mismas, según sus nexos y ligazones internos y la génesis que le es propia, constituiría la teoría de los contenidos objetivos de la mente.

Los autores de esta teoría fueron llamados "ideólogos", sobre todo por Napoleón I (de hecho Tracy fue Senador durante el Imperio). Fueron unos intelectuales progresistas, guiados por la filosofía de la historia de Condorcet, y por la cosmología de Laplace, a las cuales aportaron su "epistemología genética". De aquí se puede inferir el alcance y la transcendencia de la "ideología francesa" sobre el pensamiento posterior.

Si siguiendo a Gorz, se puede decir que "la ideología es un pensamiento esencialmente *relativo*, porque es conservador: no intenta siquiera emprender una síntesis o una totalización de lo real sino solamente justificar, explicar, fundar lo que es"¹ lo que también debemos de decir que la definición es unilateral en cuanto se limita a la ideología burguesa, y por ello, porque el socialismo también tiene sus relatividades ideológicas: del marxismo como filosofía original y globalizadora, los discípulos y seguidores han hecho ideologías tan mixtificadoras como las del conformismo burgués.

El *simplismo* es otra nota esencial para comprender el reduccionismo ideológico. Así como la abstracción de la ciencia natural prescinde de las cualidades secundarias para quedarse sólo con lo cuantitativo, y la tecnología se desentiende del entorno humano, el simplismo es intrínseco a toda ideología. Para la ideología, los datos de un problema han de ser simples, concretos y tangibles, constituyendo un esquema evidencial y sencillo. No se habla de la "natura humanae", del pecado o de la dialéctica de la Historia; es más elemental, es buscar "*quién tiene la culpa*", es buscar un culpable: la burguesía, los judíos, los masones, los comunistas, etc. El ritual mágico del chivo expiatorio renace con todo su esplendor en la ideología, en el discurso ideológico.

Frazer ha encontrado que la mentalidad mágica experimenta la necesidad de purgar las culpas exteriorizándolas, o en términos psicoanalíticos, proyectándolas. El animal, el fruto, el hombre, sirven para encarnar la culpa colectiva. El porqué del sacrificio mágico no es impetrar a dioses personales, ofreciéndoles bienes y vidas como trueque compensatorio; el "do ut des" sólo aparece al final de una evolución religiosa, que culmina en la materialización del numen, en su vertiente religiosa o mágica. Para el mago-sacerdote, la acumulación de culpa o tabú, requiere descargas periódicas, que la comunidad encarna y personifica de modo visible en una víctima o "chivo expiatorio"²

El cambio de estructuras, los actos revolucionarios, si prescindimos de elementos objetivos inherentes, son vistos ideológicamente como actos técnico-mágicos. Hoy en día, todo el mundo habla de cambio de estructuras, tanto la derecha como la izquierda, tanto los liberal-conservadores como los socialistas,

¹ A. GORZ, *La morale de l'histoire*, Ed. du Seuil, Paris, 1959.

² Cfr., JAMES, FRAZER, *La rama dorada*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1991; E. EVANS-PRITCHARD, *Las teorías de la religión primitiva*, Ed. Siglo XXI, México, 1991.

y casi siempre en un nivel ideológico. Teóricamente, es más fácil remover poderes e instituciones que cambiar actitudes y mentalidades, y cuando se logra, no faltan generaciones posteriores que ponen de manifiesto las limitaciones, lo corto del cambio.

El *negativismo* es otra consecuencia del simplismo ideológico, al definirse siempre la ideología por vía de la negación: ni esto, ni lo otro. Es conservadora en tanto en cuanto pretende quedarse en un “justo medio” aristotélico indefinible y no efectúa una síntesis. La ideología cree que es más importante podar que sembrar, transformar que metamorfosear.

El origen ontológico de la ideología está en la ciencia y en la técnica. Cuando la magia no es eficaz, entonces sobreviene la técnica para resolver problemas, que las lucubraciones de filósofos y pensadores no han resuelto, porque sus procedimientos no son adecuados y, por ende, deben ser abandonados y sustituidos por la técnica. Así se reducen pensamientos fecundos y ricos en aporética a pura y simple ideología, cuando se los simplifica y convierte en receta. Como la técnica sola ha demostrado ser eficaz en la producción de ciertos resultados, la ideología será también intolerante, rechazando todo lo que contradiga o escape a la simplificación.

Los mecanismos de la difusión masiva (*mass media*) acaban de nivelar las divergencias y los matices al convertir todo el pensamiento en un “ismo”, es decir, una ideología, ya sea política, social, estética o filosófica. En este sentido, citaría a Ortega cuando decía: “Los programas políticos no están nunca fabricados con auténticas ideas, sino que se componen solo de ‘ismos’, y, viceversa, cuando algo se empina hasta un ‘ismo’ quiere decirse que no es ya una cosa auténtica, sino que se ha convertido y degradado en programa... Los ‘ismos’ son los dogales de seda con que tanto los pensadores como los pueblos suelen estrangularse”.³

Este proceso de reduccionismo ideológico corroe todo pensamiento original, dando lugar a siniestras caricaturas, que permiten pasar de la democracia liberal al macartismo, del socialismo al estalinismo. La sociedad industrial avanzada tiende, aunque de forma superficial, a manifestar un desinterés por la ideología formal, lo que justificaría afirmar el “fin de las ideologías”, a través de los diferentes aspectos tratados por autores mencionados en líneas anteriores.

“Sin duda no hemos conocido tan gran vacío ideológico como el actual desde hace muchos siglos, quizá desde la Edad Media”, es una de las afirmaciones que hace un ensayista original y provocador (*rara avis* entre la clase intelectual), Alain Minc, que sin caer en milenarismos fatales, sí plantea unas interrogantes de fin de siglo y de milenio, a las cuales intenta responder, o por lo menos, reflexionar con agudeza sobre la esclerotización de las ideologías clásicas o tradicionales y la posibilidad de ofrecimiento o alternativa de una nueva “Weltanschauung”.

³ JOSÉ ORTEGA Y GASSET, *De europa meditatio quaedam*, Alianza Editorial, Madrid, 1985.

⁴ Cfr. ALAIN MINC, *La Nueva Edad Media*, Ediciones Temas de Hoy, Madrid, 1994.

Es interesante y conveniente detenernos en algunas de las reflexiones del autor, porque quizá coadyuven a aclarar algunas oscuridades e imprecisiones que necesariamente se derivan de ese pretendido ocaso o fin de las ideologías. Para el pensador, la evidencia es la muerte de las ideologías tradicionales, descubriendo que el mundo de la física, de la biología, de la antropología, evolucionan con dialécticas de orden-desorden.⁵

La muerte del socialismo ha supuesto el fin de las filosofías del orden, y con el viejo esquema del marxismo más arcaico, ha muerto la economía política de Marx y todas las ideologías socialistas, las cuales se han visto privadas de todo substrato teórico, porque su última visión, tamizada por la democracia y las libertades, se refería a una utopía.⁶

En lo tocante al liberalismo, desde 1989, se ha leído de todo: el fin de la Historia, la victoria absoluta del liberalismo, el mercado como el fin último de las sociedades, la desaparición de toda referencia ideológica concurrente..., más el liberalismo, al perder a su enemigo tradicional, ha perdido su mejor apoyo, y aún sabiendo que la economía de mercado representa la realidad absoluta de las sociedades, el liberalismo está tocado del ala, porque, desde el momento en que detenta el monopolio ideológico, todas las "derivadas" en relación con lo óptimo le son imputadas.⁷

El juego de los mercados, desconectado de la realidad y orientados hacia su propio juego (el cebo de las ganancias) hace que estos mercados financieros y especulativos obtengan ganancias sin contrapartida económica alguna, naciendo de la simple conjunción, positiva o negativa, entre la opinión de cada operador económico y la opinión que fabrican todos ellos juntos. De ahí, que la especulación juegue sobre la anticipación que los gobiernos tendrán sobre sus propias anticipaciones y hagan fortuna con ello. Paradójicamente, los anglosajones no quieren admitir en los mercados financieros lo que constituye para ellos las señas de identidad del liberalismo: que el mercado y las reglas del Derecho son indisociables, porque el primero sólo funciona eficazmente bajo el control de las segundas. Todo ello conlleva unos riesgos y el estar a merced de un accidente financiero grave, el cual si llegara a producirse, con su cortejo de recesiones en cada país y sus innumerables quiebras, que implicarían la pérdida de confianza de los ahorradores y el paro, perjudicaría gravemente a los propios principios liberales. Más por si esto no fuera poco, el liberalismo está amenazado por el desencanto, ya que por haber pretendido ser un sistema global, se le responsabiliza de todo lo que pasa y a fuerza de querer servir de salida al comunismo se ha colocado en una situación de debilidad. El liberalismo como sistema global de análisis no sirve; como filosofía del funcionamiento de las sociedades tiene futuro y como ideología del mercado se encontrará con realidades que se le resisten.⁸

⁵ *Ibid.*, p. 263.

⁶ *Ibid.*, p. 264.

⁷ *Ibid.*, p. 266.

⁸ *Ibid.*, pp. 268-270.

Otra ideología en horas bajas es la tecnocracia, que ha impregnado las sociedades occidentales tanto como el liberalismo. Como una ideología binaria que es, se ve condenada por esta razón: porque la nueva Edad Media exige una ideología de varias dimensiones, con profundidad histórica y que sea capaz de interpretar la complejidad. Abandonada a sí misma, se arriesga a vagar de las decepciones ideológicas a las nuevas barbaries y de las nuevas barbaries a las doctrinas dañinas.⁹

Hoy es revelador el auge de la opinión pública, la cual sólo existe por sí misma, y su existencia se postula por los sondeos de opinión, los cuales la miden y la valoran; tendiendo los medios de comunicación a encarnar la opinión pública. Los gurus u oráculos de la opinión pública, la convierten en una figura etérea, al igual que el mercado puro y perfecto entre los liberales. La opinión pública es, y por ello las élites han de capitular y ejecutar lo que la opinión pública desea.¹⁰

Los razonamientos y reflexiones de Minc contienen elementos de una muy particular filosofía sociológica, que sin una gran complejidad ni abstracción conceptual, sí nos indican los caminos de sus críticas y los blancos hacia donde dirige los dardos de sus censuras. La extensión de sus anteriores citas, sólo tiene una motivación casi pedagógica, pues de ellas el lector puede sacar las pistas que conduzcan a una resolución de las múltiples interrogantes que le plantea el autor, o bien, contesten a las propias interrogantes de cada cual.

Se le puede achacar al autor su pertinaz crítica a todo tipo de ideologías o pseudoideologías, sin que intente dar alguna alternativa ideológica o paraideológica, manteniendo sus tesis del gran vacío ideológico cara a afrontar lo que él denomina la nueva Edad Media. Ello es verdad a medias, pues aunque da una serie de pautas o principios generales acerca de cómo debe ser la neoideología del futuro, no articula a fondo sus dimensiones filosófico-morales, axiológicas o de comportamiento.

El ensayista, en este sentido, es hábil cuando nos dice que la nueva ideología habrá de ser compleja y basada en una reflexión multidimensional, con una carga de sofisticación, aunque sumaria, y con un componente de filosofía de la acción. No hay síntomas de evolución ideológica, y la solución será una caja de herramientas conceptuales, con los siguientes preceptos: 1º el mercado ha de ser convertido por las élites en un estado inherente a la cultura de la sociedad y reforzado por normas jurídicas que lo controlen; 2º la historia no se repite mecánicamente pero fabrica constantes en el comportamiento, en los riesgos y en las actitudes; 3º una parte cada vez mayor de la realidad se resiste al control de las instituciones y de los Estados tradicionales; 4º las situaciones inestables tienden a degenerar por naturaleza; 5º el futuro no nos va a depurar principios sólidos de cohesión, ni principios religiosos, ni principios imperiales, ni principios ideológicos, ni principios culturales, ni principios económicos.

⁹ *Ibid.*, pp. 270-273.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 275-278.

Solamente nos queda la esperanza de que todos estos principios reunidos nos permitan fundamentar una acción en nombre de todos los resortes posibles del alma.¹¹

Con este somero repaso a las tesis ocasistas, crepusculares, “endistas”, finalistas o de cero ideológico, lo que se ha pretendido es excitar la curiosidad intelectual y abrir resquicios que nos permiten asomarnos a un mundo entrevisto del pensamiento: el mundo nuevo de la “idearquía”.

Lo que hace falta es, a la luz de las nuevas situaciones políticas, económicas, sociológicas, proceder a una revisión serena de las ideologías, tanto en el campo del capitalismo liberal-conservador como en el campo del socialismo estatista. Lo que hay de más trágico ideológicamente en el marxismo es que él, como teoría política, no puede cambiar, siendo perceptible en alguno de sus seguidores más lúcidos la conciencia melancólica de su inmutabilidad infecunda, de la molesta acomodación de textos superados a las coyunturas de los nuevos tiempos; por todo ello, y bajo múltiples aspectos, el marxismo es una doctrina desactualizada, no obstante sus contribuciones positivas en campos como el de la economía política o la sociología.

Todas las coyunturas actuales nos hacen ver el pluralismo metódico que informa el saber y la vida de nuestro tiempo, marcado por un deseo de concreción, mediante una clara y armónica actualización de valores personales y transubjetivos, liberado tanto del mito del “Estado abstencionista” de los liberales, como de la “estatalización sistemática” mitificada por el marxismo, por más que éste nos incite con la tesis de la decadencia progresiva del Estado.

Se va produciendo una convicción acerca de que los sistemas políticos abstractos y prefabricados nos sirven a las coyunturas de los nuevos tiempos, considerándose antes la exigencia de un conjunto de principios y de reglas dotados de la suficiente plasticidad, a fin de que las soluciones prácticas, comprensivas y sintéticas, se deriven de una toma de contacto con lo real y lo concreto.

Por todo ello, se ha de considerar tanto el liberalismo ortodoxo como el marxismo de igual cuño, condicionadores de actitudes y procesos abiertos, hallándose ambos insertos en una concepción del mundo condicionada por procesos científico-técnicos que no son los de nuestro tiempo.

Lo malo es que muchos no consiguen liberarse de ideologías estereotipadas, incapaces de actualizar sus convicciones político-sociales a la luz de las más vivas realidades de nuestro tiempo, que demuestran la superación de las circunstancias que engendraron tanto el liberalismo como el marxismo clásicos.

Es posible que estemos en una curva de la historia política semejante a lo razonado por Descartes, en el plano de la cultura científica y filosófica, cuando él sintió la necesidad de hacer abstracción de viejos “idola”, para volver a pensar desde el comienzo, en un sereno y silencioso avance a partir de las raíces.

¹¹ Cfr. A. MINC, *op. cit.*

También Rousseau comprendió que, en su época, con la inminencia de la eclosión de nuevas ideologías, a las cuales de modo tan decisivo cooperó, había que ponerse a pensar como si comenzara de nuevo; y en este sentido “empezaba, pues, por rechazar todos los hechos, dado que no se relacionan con la cuestión. No hay que tomar por verdades históricas las investigaciones que puedan emprenderse sobre este asunto, sino solamente por razonamientos hipotéticos y condicionales, más adecuados para esclarecer la naturaleza de las cosas que para demostrar su verdadero origen, y parecidos a los que hacen a diario nuestros físicos sobre la formación del mundo”.¹²

He aquí cómo por una “tabula rasa” de la historia, de los hechos históricos, Rousseau pasó a meditar sobre el destino humano, y construyó su poderosa ideología del radicalismo democrático.

Descartes y Rousseau señalan dos momentos preparatorios en la escalada del hombre a las montañas de la ciencia y de la política. La humanidad, cansada de la monotonía de la planicie medieval, insatisfecha con una cultura medida y cristalizada en los rituales eclesiásticos y en las doctrinas de sus Escuelas, quiso conocer lo que, por intuición, vislumbraba en el sustrato de aquellas mismas doctrinas y concepciones estereotipadas, la fuerza creadora del espíritu, su propio poder constitutivo de valores.

El Renacimiento y la Revolución Francesa, así como la Reforma, son marcos de afirmación del hombre en cuanto hombre, o sea, representan tres momentos de autoconciencia del hombre, dotado de su fuerza constructiva y dominante sobre las fuerzas ciegas de la naturaleza. Esa autoconciencia de lo humano en cuanto humano se reveló tan fuertemente que llevó a Rousseau a sentirse con fuerza para reconstruir la sociedad desde sus mismos fundamentos, modelándola según esquemas racionales tenidos por excelentes.

La época contemporánea, que es la era por excelencia de las ideologías, comenzó por un relativismo metódico, con un acto de confianza en la fuerza interna de la búsqueda misma, sin ideas preconcebidas, sin argumentos previos de autoridad, dejándose guiar el hombre por sus intuiciones, tomando rumbos nuevos, en la certeza de alcanzar resultados positivos.

Primero, fue la intuición sobre la morada propia del hombre: nuevos continentes se descubrirán y el globo terráqueo se queda pequeño para el conquistador. Después, fue el descubrimiento del mundo de la cultura, que es el mundo edificado por el propio hombre, el cual, el hombre sabe que nunca se podrá volver pequeño, por cuanto crecerá con sus conquistas y realizaciones en el campo de las artes, de las ciencias, de las técnicas. Su mundo lo engrandecerá por su pensamiento y por su trabajo, el cual cada vez más se convierte en “forma de pensamiento”, el trabajo se “intelectualiza”.

Los que viven en la sumisión de una ideología cualquiera del siglo pasado se burlan y engañan a los desprevenidos con la “modernidad o posmoder-

¹² J. J. ROUSSEAU, *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, Miguel Castellote Editor, Madrid, 1972, p. 41.

nidad crítica” de sus enseñanzas, sin fuerza para comprender los horizontes probables de la sociedad futura y las obligaciones en función de ella.

Si la era de las ideologías lanza raíces en una actitud de “tabula rasa” y se siente que estamos en un momento crucial de la historia, cuando se tiende a superar un ciclo de cultura y a comenzar otro, es conveniente para el que pretenda comprender el conflicto de las ideologías, asumir una actitud de revisión crítica para verificar lo que hay de igual y conforme en todas ellas, sin preconceptos ni prejuicios, sin tomar partido, y saber si las luchas se iniciarán o si se inician, de hecho, en virtud de divergencias de fondo o de forma, y cuál es la experiencia que puede sacar el hombre del hecho de haber sido las ideologías sometidas a la prueba de fuego de dos conflagraciones mundiales, así como al profundo impacto de la ciencia y de la técnica sobre las estructuras sociales y las formas de trabajo.

El relativismo metódico que hay que seguir, no trata de que hagamos una “tabula rasa” del pasado, de los conocimientos acumulados en el transcurso de las diversas épocas, para sentar las bases de una nueva ciencia o de un nuevo orden político, sino en una actitud de negación a los conceptos cristalizados o procesos estereotipados en los dominios de las ideologías, para posibilitar un balance imparcial de una época y el encuentro de la línea de equilibrio y de mutua comprensión, siendo lo importante decidirnos por lo esencial en función de las coyunturas históricas.

Cada hombre vive y convive en un sistema social interconexo y entrecruzante que condiciona su individualidad, su “ego”. Desde el círculo estrictamente familiar hasta el círculo de sus amistades íntimas; desde el círculo de los intereses económicos de su *status* social hasta el círculo de los intereses generales de la nación, el hombre es siempre un “miembro de grupo”, un “socio”, un término de relación. Se puede medir la fuerza de una individualidad verificándose el número de círculos en que ella se inserta: lo que llamamos personalidad es la proyección del individuo como constante en la relación social, el total de las proyecciones del individuo en la convivencia, como expresión de una permanencia determinada o inconfundible de fuerza ética consciente y libre, que se traduce y se concretiza como trabajo, como “quehacer”.

Vivir humanamente es atribuir y desear valores, reconocer valores en las cosas y en los actos e intentar al menos realizarlos; es la dimensión axiológica del ser humano. La vida humana es una consideración, una reflexión perenne, y así como la cultura de un hombre se mide por su capacidad de participación, por su tenencia de valores éticos, estéticos, morales, vitales, etc., también la personalidad humana se podría representar gráficamente mediante la línea de interferencia efectiva de su individualidad en una pluralidad de círculos sociales.

Cuanto más se multiplica el hombre, extendiendo su actividad a un mayor número de círculos sociales, más se libera de todo el colectivo social y más se siente “él mismo”, más se “ensimisma”; por más que parezca paradójico, cuanto más se multiplica el hombre socialmente, más se encuentra; cuanto más trabaja,

más se singulariza, aun cuando su esfuerzo tenga que coordinarse con los de la colectividad a la que pertenece.

En ese sentido, tenemos que decidimos por un tipo de sociedad y de Estado, aun cuando éste sea mínimo o subsidiario; por una sociedad abierta, que garantice una pluralidad de opciones, una multiplicidad de vías propicias para la libre afirmación de nuestra personalidad y de nuestra ciudadanía, la cual es el componente esencial de nuestro modo de ser en la humanidad, en el orbe mundial.